

mirada que expresaba toda la ternura y el amor que le consagraba, salió á la calle, llevando impreso en el corazón el pesar mas profundo, al tener que renunciar aún hasta la remota esperanza de ver correspondida su pasión.

Al siguiente dia, despues de despedirse de su íntimo amigo, se puso en marcha para Veracruz, en union de otros muchos jóvenes que, llenos de noble patriotismo, se dirijian á engrosar las filas del general Santa-Anna.

CAPITULO IX.

Salida de la expedicion española del puerto de la Habana.

Dejemos por un momento á Enrique marchando hácia Veracruz, á Matilde proyectando la manera de vencer á la inconsolable María que, en su concepto, le robaba el cariño de Miguel, y á éste pensando en la ingratitude de Luisa, y trasladémonos á la Habana, en cuyo puerto se disponia la expedicion que dentro de pocos dias debia desembarcar en las costas mexicanas.

Era el mes de Junio de 1829. En aquella hermosa ciudad, emporio de la riqueza y de la abundancia, no se escuchaba mas que el bélico sonido de los instrumentos de guerra y la palabra reconquista que, algu-

nos ilusos repetían sin cesar en algunos corrillos.

Los aprestos de guerra se hacían con una alegría y una prontitud que excedían á toda ponderación: los soldados, seducidos por algunos españoles que abrigaban fuerte resentimiento contra el país que les había arrojado de su seno, esperaban con impaciencia el momento de embarcarse para una expedición, de cuyo buen éxito estaban seguros, según los informes que les habían dado de que, los mexicanos se unirían á ellos en cuanto desembarcaran.

Sin embargo, los hombres de criterio, los buenos españoles, que conocían que la posesión de las Américas no había sido más que un mal para la España, la ruina de ella, la tumba de la más florida juventud que, dejando sin brazos á la madre patria, había ido por espacio de tres siglos á poblar un vasto continente; arruinando la industria de su país y la agricultura; los hombres que conocían que la España no tiene necesidad de posesiones extrañas, cuando su suelo abunda en todo lo más rico; los hombres

que estaban persuadidos de que la España no podía volver á ser lo que había sido, hasta que sus hijos no formaran una familia compacta y unida en su mismo suelo; los que conocían que mientras saliera el oro de las Américas, el espíritu de industria estaría muerto; esos hombres lamentaban la ceguedad del gobierno español que, seducido por deslumbrantes informes, llegó hasta el grado de creer que, con solos dos mil seiscientos hombres, bastaba para atraer á su antigua obediencia un país de siete millones de habitantes, colocado á una distancia de más de dos mil leguas.

Si la idea del gabinete de Madrid, al enviar la expedición, se hubiera encaminado á pedir reparación por las vejaciones cometidas contra los súbditos españoles perseguidos y expulsados por el gobierno de México, exigiendo, además, garantías para lo sucesivo en vidas y haciendas, todos hubieran aplaudido una providencia que envolvía el patriótico pensamiento que reclaman en voz muy alta, la justicia y el derecho de gentes; pero al ver que, en vez de reconocer

tan laudable origen el envío de tropas, solo se pensaba en la reconquista de aquellas apartadas regiones, mil y mil voces de desaprobacion resonaban en los círculos privados de las personas sensatas, que no teniendo libertad para emitir su opinion por hallarse la prensa encerrada en un círculo de hierro, lamentaban la ceguedad de los que regian las riendas del Estado. Ellas sabian muy bien que la adquisicion de inmensos territorios, por fértiles y ricos que fueran, no constituye la fuerza, el engrandecimiento, ni la felicidad de las naciones.

Y no se engañaban. ¿Qué bienes materiales le vinieron á nuestra querida patria mientras gobernó sus colonias, con el oro que salia de las Américas? ¿qué colegios se plantearon con él en la Península? ¿qué casas de beneficencia se hicieron? ¿qué canales? ¿qué caminos? Ninguno. La América era una mina que la España cuidaba con cariñoso afan: un cuerpo sin brazos á quien se le proveía de ellos, arrancándolos del cuerpo de la madre patria, que iba quedando débil y lastimosamente mutilada; el cuer-

no de la abundancia gravitando sobre el brazo de su metrópoli, y vertiendo á raudales sus tesoros sobre el suelo de la Inglaterra.

Pero veámosla hoy que no tiene que cuidar esas vastas posesiones, levantarse de su letargo, ocuparse en empresas grandes, dar un fuerte impulso á su comercio y su marina, abrir por todas partes vías férreas que cruzan su territorio, construir sorprendentes canales, explotar las ricas minas que en su seno encierra, llevar sus armas triunfantes por el territorio Marroquí con asombro del mundo entero, y adquirir, en fin, entre las naciones mas grandes un lugar digno, un lugar que lo sabrán conservar sus hijos valientes á toda prueba, hidalgos hasta el extremo y religiosos como ninguno.

¿Qué le importa á la España que algunos cuantos gozaran de la abundancia y bienestar que les proporcionaba el oro de la América, si el resto de sus hijos perecia de hambre? ¿De qué le servia ser en su cuerpo un coloso sin igual, si no correspondia su fuerza á la extension que ocupaban sus miembros?

La pérdida del rico suelo de México y del Perú, ha sido la causa del engrandecimiento de la España. La generación presente lo conoce, y por lo mismo, solo tiene hácia México un cariño desinteresado, y un deseo de verla grande, poderosa y fuerte, porque mira á aquella nacion de primer órden en sus elementos de grandeza, como á su antigua hija, y como á su moderna hermana.

No hay nacion ninguna que tan interesada esté en que México llegue al alto grado de prosperidad á que está llamada por sus inagotables recursos de riqueza, como la España. A nadie, como á ella, le conviene que, al lado de la república del Norte, se levante otra nacion poderosa que ponga á raya sus miras ambiciosas, porque de este equilibrio y de esta igualdad de fuerzas, resulta la seguridad de nuestra rica isla de Cuba, de esa bellisima perla de la corona de España, que ha despertado la insaciable codicia de los Estados-Unidos.

Dios, pues, ponga término á las sangrientas revoluciones que han entorpecido hasta ahora la brillante marcha que se propuso

seguir al consumir su independencia la nacion mexicana, y asentando la paz en ella su benéfica planta, eleye al país á la altura de las primeras potencias del mundo.

Eran las ocho de la mañana del dia 6 de Julio de 1829. La bahía de la Habana presentaba una perspectiva imponente y risueña á la vez. La expedicion compuesta de tres batallones, que formaban una fuerza de dos mil seiscientos hombres, hacia su salida en medio de mil aclamaciones, victores, músicas, y del mas patriótico entusiasmo.

La hermosa fragata de guerra *Restauracion*, y la no menos graciosa *Lealtad*, seguidas de la goleta *Amalia* y del bergantin *Cautivo*, tambien de guerra, se mecian magistuosamente sobre las azuladas ondas, como otras tantas fortalezas flotantes coronadas de intrépidos guerreros ambiciosos de gloria y de laureles. A su lado y formando una extensa línea, se veian el bergantin mercante *Tres-Amigos*, la corbeta norteamericana *Bigham*, varias lanchas cañoneras y un número considerable de buques de

trasporte que, puestos en facha á la vista del Morro, en espera del navío *Soberano*, en que debia embarcarse el brigadier D. Isidro Barradas, jefe de la expedicion, parecian una bandada de blancas gaviotas cerniéndose con las alas extendidas sobre la trasparente llanura del mar.

El muelle estaba cubierto de un inmenso gentío de ambos sexos y de todas edades, que saludaba con sus pañuelos á los soldados que, desde la cubierta de los buques, correspondian, de igual manera, á las manifestaciones de interes de la poblacion.

En medio de aquel regocijo y entusiasmo general, solo un hombre permanecia triste y pensativo, agobiado, al parecer, por siniestros y amargos pensamientos: este hombre era un soldado como de cincuenta y cuatro años de edad, de aspecto agradable y maneras distinguidas que, de pié, y apoyando el codo sobre la obra muerta de la goleta *Amalia*, dirijia hácia el rumbo de México sus ojos, que con frecuencia se le llenaban de lágrimas.

—Muy triste parece que viene tu tio, mi querido Rafael Ramirez.

Dijo un cadete que estaba en la popa del mismo buque en conversacion con otros de su clase, á un jóven de 18 años, de interesante fisonomía, rubio y bien formado, que vestia, como sus amigos, el uniforme de cadete.

—No es extraño que no participe del regocijo general que á todos nos anima—contestó Rafael Ramirez—los golpes de fortuna, los pesares, las desgracias que sobre él se han acumulado en poco tiempo, y sobre todo, el invencible presentimiento que le acompaña, de nuevas y mas funestas desventuras, son motivos bastante poderosos para que su alma no encuentre placer sino en su tristsza.

—Pero á su edad ¿qué motivos le han podido llevar á inscribirse de voluntario en esta expedicion?

—Muy poderosos.

—¿El de conquistar un nombre brillante en la historia?

—Sabe demasiado que á su edad, y con-

fundido entre los últimos soldados, no se alcanzan mas que trabajos jamas recompensados.

—¿La idea de adquirir oro?

—Desconoce tan bastarda ambición.

—¿Su odio á los mexicanos?

—Lejos de odiar, aprecia á los hijos de ese país, casi tanto como á sus compatriotas.

—Buen modo de apreciarles, marchando á combatir contra ellos.

—Y sin embargo—contestó Ramirez—os puedo asegurar que nada es mas cierto.

—Pero con vuestro permiso, voy á darle un rato de conversacion para distraerle.

—Sí; dile que á los militares españoles no nos gusta ver caras tristes de disciplinantes, y mucho menos cuando la hermosa Belona nos brinda con sus suntuosos banquetes de granadas de tres arrobas, confites de á onza y almendras de treinta y seis.

Los joviales cadetes celebraron la ocurrencia, y Ramirez se acercó á su tío que permanecía en el mismo sitio y en la misma postura que dijimos.

—¿Es posible, querido tío—exclamó e p-

locándose á su lado—que no tenga atractivo ninguno para vd. el aspecto guerrero que presenta tanto buque, dispuesto á hacerse á la vela para reconquistar el país que nuestros valientes antepasados añadieron á la corona de España?

—Rafael—contestó el anciano soldado, fijando sus ojos con paternal cariño sobre el interesante rostro de Ramirez;—el aspecto guerrero que presenta la expedicion y el estruendo de las armas, reservan todos sus encantos para la juventud entusiasta, que llena de ilusiones y de noble ambicion, vive con la memoria de los grandes hechos de nuestros héroes, y aspira, como ellos, á dejar consignados en la historia, rasgos de abnegacion y de patriotismo que eternicen en el mundo su memoria.

—Ese es mi bello ideal, mi sueño dorado, mi única ambicion.

—Que se realizará á juzgar por tu valor de todos tus jefes ponderado, y de tu vasta instruccion.

—Siempre he procurado alcanzar la es-

timacion de mis superiores y un lugar distinguido entre mis compañeros de armas.

—No puedes figurarte con cuánto placer suelo escuchar los elogios que todos hacen de tí. Hijo de una hermana á quien he querido entrañablemente y cuyo retrato estoy viendo en tu fisonomía, mi cariño hácia tí excede al de tío, para nivelarse al de padre.

—¡Gracias!

—Así es que al propormiame la casualidad, en la Habana, la dicha de conocerte, sentí, por un momento, libre mi corazón de las penas que lo devoraban, y pensé que aun me reservaba Dios alguna felicidad en la tierra.

—Y no solo espero yo que sea la de habernos encontrado, sino tambien la que resulta de la reaparicion de todo lo que hemos llorado perdido.

—¡Ah!.... ¡no abrigo yo tan dulce esperanza!—exclamó el anciano, exhalando un profundo suspiro.—¡El que muere no vuelve.... lo robado se oculta!....

Y el soldado se cubrió con ambas manos el rostro para ocultar algunas lágrimas,

—Yo no desespero como vd., querido tío: mi corazón menos receloso que el suyo, me presagia que muy en breve tendré el gusto de conocer y abrazar á mi querida prima y á mi buen primo.

—¡Pilar, Carlos!....—exclamó D. Andrés, pues no era otro el anciano soldado, sin poder resistir á la emocion profunda que le causaba escuchar aquellos dos nombres.—¡Ah!.... no.... esa seria una dicha que excederia á todas las que están reservadas en este mundo al hombre!.... ¡Pilar!.... ¡Ah!.... ¡si vieras cuánto te pareces á ella!.... ¡Tus ojos, tu aire, tu cabello.... todo me trae á la memoria la imagen de la hija de mi alma!.... Es la única prenda del corazón que aun conservo la esperanza de estrechar contra mi seno.... Por lo demas.... ¡Carlos ha muerto: me lo dice una voz secreta que no me puede engañar!.... ¡Vele él desde el cielo por la honra de su desgraciada hermana!....

Y las facciones de D. Andrés se contrajeron de una manera horrible al pronunciar la palabra honra que el corazón formuló in-

voluntariamente en los labios. Su semblante se puso lívido como el de un muerto, y gruesas gotas de sudor frío bañaban su frente.

Rafael leyó lo que pasaba en el corazón de aquel desventurado padre, y procurando apartar de la imaginación de su tío las amargas ideas de que le consideraba dominado, le dijo:

—¿Será posible que se deje vd. subyugar por el dolor, en el instante en que el cielo parece favorecerle, disponiendo esta expedición que le vuelve á llevar al país de que fué arrojado? Vamos, alégrese vd., y no se diga jamás que un niño aturdido y sin experiencia ha dado lecciones de conformidad á un anciano lleno de saber y de talento, porque eso sería el mundo al revés.

—Sentimientos hay, sobrino mío, que se arraigan en el corazón con tanta más fuerza cuanto es más la edad del hombre en quien se hospedan. En el primer albor de la vida en que, por decirlo así, tú te encuentras, las pasiones pierden en constancia lo que ganan á la nuestra en fogosidad y energía.

Son lo que el espejo que refleja detalladamente la imagen del objeto que está delante, riéndose si este ríe, llorando si llora, identificándose en un todo, con el ser presente, y cuya forma desaparece del cristal en el acto que se aleja, para ostentar otra y otra que ve huir con la misma prontitud, sin que en su diáfana materia quede huella ninguna de lo pasado. Las pasiones de la juventud son fuertes como el sol vivificante que abrasa al llegar al zénit, y que muere á las pocas horas, para ir á visitar nuevos países que á poco abandona también, enviando sus fulgentes rayos sobre otros pueblos y otros países. Son lo que el relámpago que deslumbra por un momento sin dejar rastro de su existencia, mientras las de nuestra edad son como la lámpara inextinguible consagrada á Vesta que no abrasa, pero que alumbra.

—Tiene vd. razón, querido tío. Pero los hombres, lo mismo que las plantas, necesitan del baño reformador del tiempo que sazona los frutos y modifica las pasiones. Es una ley invariable de la naturaleza que nos

empuja primero por la senda de las ilusiones, para hacernos después mas apreciable el camino de la verdad: nos deslumbra con el oropel, para que examinado podamos estimar mas tarde los quilates del oro. La niñez es el crepúsculo matutino que alhora nuestra risueña entrada en la vida; la juventud, la primavera que da fragantes flores; la ancianidad, el otoño que produce los mas sabrosos frutos; y la decrepitud, el crepúsculo vespertino que precede al esplendente sol de la eternidad. ¡Cree vd. que, sin esta misteriosa y sublime trabazon, si no estuviera tan íntimamente eslabonada la cadena de los distintos períodos de la vida del hombre, pudieran operarse los maravillosos resultados que se desprenden de ese en la cepara bien de las sociedades y del individuo?

—De ninguna manera—contestó D. Andrés, admirado del juicio que en la manera de razonar revelaba su tierno sobrino.—Decir que las pasiones del jóven y del anciano, difieren en esencia y duracion, no es condenar las de aquel, sino justificar la inten-

sidad del dolor que en mí, que soy anciano, domina. La pasion de la juventud es egoista, exigente; la del anciano es tierna, pura, desinteresada. Tú lo has dicho; la juventud es la primavera que da flores; la ancianidad el otoño que produce regalados frutos. Pero las flores exigen, imperiosas, los besos del aura, las caricias de la brisa, el amor del rocío; en tanto que el otoño, vierte su benéfico poder sobre las plantas sin otro afan, sin aspirar á otra retribucion, que á la del placer que le proporciona ver que ha labrado la felicidad ajena. ¿Por qué los padres son mas cariñosos, generalmente, con sus últimos hijos que lo que fueron con los primeros? Porque á la edad de las pasiones violentas en que se casaron, en que aun existe vivo el deseo de brillar, de lueir en la sociedad; de concurrir á los bailes, de juntarse con los amigos, objetos todos con quienes reparte su cariño, sucede la edad de la reflexion, del amor dulce, tierno, desinteresado, que se aparta de todo lo ficticio, para encerrarse todo entero en el círculo de su familia, de sus hijos, de su esposa,

cifrando su felicidad en los deleites puros de la vida doméstica.

—No puedo menos que convenir con la opinion de vd.

—Y hé ahí la causa de mi constante tristeza: hé ahí por qué existe profundamente grabada en mi corazon la memoria de mis hijos, sin que ningun otro pensamiento pueda venir á distraer mi imaginacion, fija siempre en ellos.

—¿Y no tiene parte en esa tristeza, la consideracion de que va vd. á combatir contra la patria de sus hijos?

—Sin duda alguna; ya te lo he dicho otras veces: el deseo de encontrar á mis hijos, me ha obligado á formar parte en esta expedicion; pero mi fusil no se dirigirá contra pechos mexicanos; la bala que yo dispara irá á una altura que no pueda lastimar á nadie.

Al llegar á este punto del diálogo, se escucharon en el muelle varias voces que, en extraña confusion, y formando desagradable murmullo, llegaron á herir los oídos

de los marineros y soldados que poblaban las cubiertas de los buques.

—¿Qué ha sucedido?

Preguntó Rafael á uno de los cadetes que se acercaba con muestras de descontento hácia donde ellos estaban.

—¿Qué ha de suceder?—dijo dando un fuerte puñetazo sobre la obra muerta—una desgracia para quien, como nosotros, está impaciente por partir.

—Pero ¿qué es ello?

—Que no puede verificar su salida el navío *Soberano* hasta mañana, por habersele roto el cabrestante al levar su ancla mayor.

Rafael no pudo contener un gesto de disgusto, producido por la noticia aquella que retardaba un dia mas la marcha de la expedicion.

Este ligero contratiempo, que los antiguos romanos lo hubieran tomado por un aviso del cielo, en nada enfrió los ánimos de los festivos y esforzados españoles, para quienes los momentos eran siglos que retardaban el feliz éxito de la empresa.

EL CAPITAN ROSSI.—TOM. II.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Addo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Pero las horas pasaban: á la luz del sol sucedió la oscuridad de la noche que, á su vez, cedió su lugar al astro principal: y las nueve y media del día 7, en medio de los vítores de un pueblo entusiasta, que cubria el espacioso muelle de la Habana, salia la flota hácia las ardientes playas mexicanas, henchido el blanco velámen por un viento en popa, deslizándose los buques por la superficie de las aguas como una ciudad flotante, engalanada con blancas colgaduras, celebrando una fiesta nacional.

CAPITULO X.

Una mujer ofendida.

En tanto que la flota, con viento bonancible y llena de entusiasmo, se dirigia á las playas mexicanas, llevando entre sus soldados al anciano padre de Pilar, volvamos á ocuparnos de los personajes que nos esperan en la capital de México.

Hemos dicho en uno de nuestros capítulos que, cuando la hermosa actriz Matilde escuchó de los labios de Rossi la causa de la indiferencia de Miguel, penetró en el gabinete destinado á recibir sus visitas, y que se dejó caer abrumada con el peso de un inesperado desengaño.

Aquel gabinete era, por decirlo así, el